

Francisco Ayala, el crítico y analista

Un libro de conversaciones inéditas con Miguel Fernández-Braso revela las opiniones del escritor sobre otros literatos

MANUEL MORALES, Madrid
"Ramón Gómez de la Serna es uno de los escritores más importantes de la literatura mundial. En el orden personal nunca pude entenderme con él. Sentía una extraña antipatía". "La Segunda Guerra Mundial fue una vergüenza nacional para Francia. Le ganaron la guerra otros, pero creó el mito de la resistencia". Quien habla a pecho descubierto de grandes autores y acontecimientos de la primera mitad del siglo XX es Francisco Ayala (Granada, 1906-Madrid, 2009), novelista, ensayista, sociólogo, exiliado en 1939, retornado poco a poco en los sesenta, miembro de la Real Academia, premio Cervantes en 1991, Príncipe de Asturias de las Letras en 1998...

De la portentosa vida de Ayala pueden conocerse ahora muchas anécdotas y reflexiones gracias a *Una conversación literaria (Madrid, 1970)*, el libro que ha publicado la Fundación Francisco Ayala. El volumen recoge las horas de entrevista inédita que dio Ayala,

a comienzos de aquel año, al entonces periodista Miguel Fernández-Braso, hoy galerista y escritor. Los motivos de que hayan pasado 46 años hasta que el libro ha emergido son varios: "Ayala había empezado su vuelta a España y no era muy conocido, quizás por eso no encontramos editor", dice Fernández-Braso (Villanueva del Arzobispo, Jaén, 1940). "Luego pasó el tiempo, él publicaba y parecía que no era necesario sacar esto a la luz". Hasta que, en 2015, Fernández-Braso donó una copia de la transcripción a la fundación. "Nos dimos cuenta de que el libro tenía actualidad". Así ocurre con sus comentarios sobre política, "el reino, no de lo ideal, sino de lo posible", comenta Ayala. "Los que propugnan utopías suelen traer males mayores", añade.

La historia de *Una conversación...* comenzó en junio de 1969, cuando Fernández-Braso entrevistó al autor de *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* para el periódico *Pueblo*. "Yo intentaba sa-



Ayala (izquierda) y Fernández-Braso, en Madrid en 1970. / JULIO CÉSAR

car a escritores que, por razones políticas, no tenían presencia en los medios. No fue fácil, porque él estaba considerado un rojo terrible, cuando era un hombre liberal y nada sectario". El propio Ayala asevera en el libro: "Mi intención era reincorporarme a la

vida española, sin ningún ajuste de cuentas, ni claudicación por mi parte". De aquella entrevista surgió la idea de un largo desarrollo que hilvanara recuerdos y personalidades. "Quedamos varios días. Eran conversaciones relajadas, sin cuestionario previo. Aya-

la tenía gran capacidad de improvisación, hablaba de cualquier tema gracias a su cultura secular".

En estas páginas se asiste a la tertulia del Café Pombo un día en que un mendigo vomita sangre, mientras un macabro Gómez de la Serna pide que aparezcan los monosabios para limpiar el charco, como en los toros; o vemos a las juventudes hitlerianas impedir el paso al público a una conferencia de Ayala en Berlín.

Ortega, Hemingway...

De las amistades con la Generación del 27, de la que se sentía cercano, pasa a las críticas de mitos como Hemingway y su *Por quién doblan las campanas*: "Una novela que ve a España y a los españoles como un espectáculo". Sobre Ramón J. Sender, no le duelen prendas al referirse a su obra como "muy desigual, con aciertos, trivialidades y torpezas". A quien muestra más admiración es a José Ortega y Gasset: "Representa un momento esencial en el decurso de la historia española", y un renovador de la lengua.

Con Juan Ramón Jiménez, la relación fue complicada. Ayala recuerda el epigrama que le dedicó el Nobel: "Le conozco desde chico, le enseñé a leer; a escribir no, porque nunca supo". A lo que el granadino respondió: "Quien no asume la responsabilidad de su propia vida, y se recluye en el infantilismo, por muchas dotes poéticas que tenga, no alcanza la profundidad de la gran poesía".